

# Entrevista con Rafael Argullol

*Isabel Soler*

A Rafael Argullol (Barcelona, 1949) no le gustan demasiado esos dos sustantivos que siempre le acompañan en las contraportadas de sus libros o en los artículos de prensa y que lo definen como escritor y filósofo. Él preferiría ser llamado únicamente escritor; considera el término suficientemente amplio como para contener todo lo que constituye la expresión de su pensamiento. El recorrido por las obras de Argullol y su singular concepción de la escritura invitan a conocer su modo de *pensar el mundo* y a descubrir de qué manera rescata y explica las ideas que este mundo ha generado.

– *José María Valverde, cuando apareció tu libro El fin del mundo como obra de arte, al comentar la obra destacó –al margen de la sorpresa que supuso este género que inventaste y que él llamó «inédito e irreplicable»– que se trataba de un «alegato contra los grandes ideales occidentales», empezando por Prometeo y acabando por una lectura «poética» del Apocalipsis. Estos temas tan especialmente tratados en El fin del mundo, aparecen en obras literarias y ensayísticas tuyas anteriores y posteriores. ¿Son tus temas de reflexión los grandes ideales occidentales?*

– En parte se puede decir que sí, aunque yo creo que el libro que mencionas no es un libro contra los grandes ideales de Occidente sino que más bien sigue un itinerario en el que estos ideales se confrontan tanto desde su punto de vista creativo como desde su punto de vista negativo. En ese sentido, el núcleo del libro se basa en la idea de que la dinámica occidental está regida por dos polos, uno prometeico y otro mefistofélico. La civilización occidental se ha caracterizado por la acción y la transformación; es una civilización que se ha propuesto construir el paraíso en la Tierra –especialmente en la época moderna–, un esfuerzo constructivo que ha acabado también en medio de grandes destrucciones. El libro pretendía ser precisamente una advertencia respecto a esta dinámica prometeico-mefistofélica que, si bien lleva a grandes edificaciones, implica riesgos terribles –como hemos comprobado en el siglo XX– cosa que mostraba el último escenario que trataba *El fin del mundo como obra de arte*.

– El fin del mundo *se puede leer en clave escenográfica, como si fuera una representación*. El cazador de instantes *sugiere una forma de expresión poética*. Territorio del nómada, *a partir del «nomadismo» del artista moderno, parece un libro de viajes*. La escritura, la literatura, *¿es invención, experimentación, descubrimiento, combinación?*

– Desde hace unos años vengo utilizando una imagen, el *archipiélago*, para definir mi concepción de la literatura. En el archipiélago hay diversas islas, cada una de ellas con una cierta autonomía pero todas pertenecientes al conjunto. A partir de esta idea, a veces la literatura, mi escritura literaria, se desarrolla en cada una de estas islas pero nunca deja de tener en cuenta el conjunto. Por otro lado, está claro a estas alturas que yo no me siento cómodo en la división tradicional de los géneros y que en diversos libros míos, aunque puedan aparecer con un determinado género, con una determinada etiqueta, yo siempre hago fugas en otra dirección. Entre los que has mencionado, está claro por ejemplo que *El fin del mundo como obra de arte* se publicó como ensayo pero el subtítulo era *Un relato occidental* y es cierto que puede leerse como una representación; de hecho, podría fácilmente hacerse en teatro. *El cazador de instantes* es un recorrido –yo lo llamo un *cuaderno de travesía*– formado por trescientos sesenta fragmentos, en el que se da una conjunción de poesía, prosa y reflexión ensayística. Y así sucesivamente; es decir, la mayoría de mis libros se encuentran, en un primer plano, adscritos a un determinado género pero en su interior siempre hay fugas hacia otros modos de expresión. Esto forma parte, efectivamente, de mi idea de que la literatura es la suma de experiencia más experimentación.

– *En relación a lo que estás comentando, he de decirte que a los bibliotecarios y a los libreros les cuesta mucho encontrar el sitio adecuado para tus obras en las estanterías. ¿Quizás es porque allí donde te sitúas a ti mismo, la «escritura transversal», no es tanto una forma de expresión literaria como una manera de entender el mundo y reflexionar sobre la cultura?*

– Sí, en parte tiene que ver con lo que respondía anteriormente. Al practicar un tipo de escritura que yo he denominado «transversal», en la que se producen las fugas a las que antes he aludido, obviamente se crea un cierto desconcierto en los que tienen que clasificar los géneros literarios. Por tanto, en parte, esta dificultad está explicada por este motivo. Hay otra dificultad, quizá más específica de la tradición española o hispánica, que

viene marcada por la ausencia de una Ilustración y un Romanticismo fuertes en España, lo cual se evidencia mucho en una cuestión como la de los géneros literarios y que tanto la Ilustración como el Romanticismo generaron diversos experimentos literarios mixtos. En cambio, en España todavía estamos acostumbrados a separar rígidamente los géneros. Entonces, yo creo que hay una dificultad que podríamos llamar propia, la perteneciente al tipo de escritura que yo hago, y otra dificultad que viene marcada por la tradición moderna hispánica o de la falta de tradición moderna en España.

– *De hecho, la crítica literaria te considera una rareza en el actual panorama de la literatura española. Te sitúa más próximo a las tendencias literarias germánicas o centroeuropeas que a las peninsulares. ¿En qué lugar te colocas tú?*

–Yo, evidentemente me coloco en una situación intermedia. Por ser barcelonés soy algo así como *nórdico del Sur o sureño del Norte*, en parte mediterráneo y en parte, efectivamente, orientado hacia Centroeuropa. Aunque me siento orientado también hacia los otros continentes. En este sentido, me parece que la situación del escritor en los tiempos inminentes será necesariamente una situación-puente, de mediación entre escenarios. No creo que en el futuro tenga mucho porvenir el escritor que se quede encerrado exclusivamente en un solo territorio, en una sola tradición, sino más bien aquel que tiene la ambición de conocer otros filones. Esta situación de tensión entre diversos escenarios, que puede parecer un poco perjudicial a la corta dado que es más difícil de comprender, a la larga yo creo que es más fecunda.

– *De todas maneras, en lo referente a esta tendencia que te sitúa entre las corrientes nórdicas, si se observa tu trayectoria narrativa, se puede detectar una fuerte influencia italiana, por ejemplo.*

– En los años en que empecé a leer intensamente literatura y filosofía lo hice con un criterio cosmopolita, en el sentido más estricto del término. Es decir, para mí la lectura era arte, literatura y pensamiento y no me fijaba absolutamente para nada en las fronteras nacionales. Si estoy inclinado hacia determinados países o hacia determinadas líneas de tradición es a raíz de este cosmopolitismo y, en gran parte, por el hecho de que en determinados focos ha habido un peso específico de una gravedad superior a la de las otras zonas. Es lógico que un escritor europeo que haya tenido una forma-